Meditación de los «1.os Sábados de mes»: 7 nov. 2026

4.º misterio glorioso: La Asunción

Fruto del misterio: La gracia de una buena muerte

Autor: Régis de Lassus

Podemos observar que, después de Pentecostés, las Escrituras ya no dicen nada sobre la vida terrenal de la Santísima Virgen. El mismo silencio rodea a la primera aparición de Cristo resucitado a su Madre. Esos momentos pertenecen únicamente a Dios, y Él ha decidido no revelárnoslos explícitamente. De igual modo, las circunstancias de la Asunción han permanecido envueltas en cierto misterio. Sin embargo, guiada por el Espíritu Santo, la Iglesia ha ido comprendiendo la Revelación a través de las enseñanzas de los Doctores, los santos y los papas.



Así, la fiesta de la Asunción ya se celebraba en el siglo VI. En Francia, esta devoción alcanzó un punto álgido el 10 de febrero de 1638, cuando el rey Luis XIII consagró el reino de Francia a la Santísima Virgen e instituyó el 15 de agosto como fiesta nacional. Finalmente, el 1 de noviembre de 1950, el papa Pío XII coronó esa fe transmitida a lo largo de los siglos y proclamó *ex cathedra*, en la constitución apostólica *Munificentissimus Deus*, el dogma de la Asunción de la Santísima Virgen, en cuerpo y alma, comprometiendo solemnemente su infalibilidad pontificia.

No obstante, el dogma no precisa las circunstancias exactas del final de la vida terrenal de la Santísima Virgen. ¿Murió? ¿Cómo ocurrió? Los Doctores y los santos que han abordado esta cuestión son casi unánimes: la Santísima Virgen experimentó la muerte, convicción ampliamente compartida por católicos y ortodoxos. San Juan Damasceno (siglo VIII), citado en *Munificentissimus Deus*, san Germán de Constantinopla, san Modesto de Jerusalén, san Gregorio de Tours, san Francisco de Sales y san Alfonso de Ligorio lo han escrito, explicando por qué.

San Agustín subraya: *«Puesto que la Escritura no hace mención ni de su fallecimiento ni de su Asunción, debemos buscar en la razón lo que, a este respecto, nos parezca más conforme a la verdad, pues la autoridad no tiene valor alguno sin la verdad. En efecto, considerando la condición humana, no temo afirmar que la Santísima Virgen sufrió la muerte temporal»*.

Contemplemos, pues, el misterio de la muerte de la Santísima Virgen a la luz de las enseñanzas de los santos y de los grandes predicadores. En el marco de la devoción de los Primeros Sábados de mes, por la cual María promete asistirnos en la hora de nuestra muerte, ¿qué hay más hermoso que meditar sobre la forma en que nuestra Madre del Cielo experimentó en carne propia la muerte?

Según la Tradición, la Santísima Virgen vivió unos veinte años después de Pentecostés. Sabemos poco de ese período, como destaca Mons. Charles Gay en su texto sobre la Asunción: *«La Virgen se mostraba muy poco en público; no enseñaba por su propia cuenta; al menos se puede afirmar que nunca lo hizo públicamente».* Tal y como siempre había hecho, María vivía en un profundo recogimiento, llevando una vida de oración en unión con su Hijo. *«Dios no podía ser ni mejor adorado ni más amado por una mera criatura. En Ella, todo alcanzaba su grado más alto. (…) Cada segundo veía surgir de su unión con Dios en constante aumento un nuevo mundo de amor y de santidad hasta entonces desconocido. (…) Ella llamaba a Dios, Dios la llamaba; Ella esperaba, Dios la esperaba»* (Mons. C. G., p. 378).

La Eucaristía era, sin duda, el momento culminante de cada uno de sus días. ¡Con qué perfección debía de comulgar! Ella, que había llevado a Jesús nueve meses en su seno, lo llevaba de nuevo en su interior, en una unión de corazón con Él que es imposible de describir.

Sin embargo, ese recogimiento no la aislaba. Ella era la Madre de la Iglesia naciente. Los discípulos y los apóstoles la consultaban y acudían en gran número a recibir de Ella gracias y apoyo. *«Los muchos que habían tenido la dicha de conocer a Jesús, al verla, se consolaban de su ausencia, y los que no lo habían conocido podían aún contemplarlo en su Madre».* Mientras permaneció en la tierra, la Santísima Virgen fue el corazón de la Iglesia naciente: *«La creencia común de la Iglesia es que Ella ocupó el lugar de honor en el primer concilio, que fue el de Jerusalén»* (Mons. C. G., p. 367).

Y entonces llegó el día de su muerte. Aquí surge una pregunta: ¿por qué Aquella que era la Inmaculada Concepción conoció la muerte, castigo del pecado original? Podemos plantear varias respuestas:

La unión con su Hijo muerto en la Cruz. Al estar la Santísima Virgen en perfecta unión con Jesús en el Calvario, ¿cómo imaginar que hubiera querido sustraerse a lo que Él había experimentado? Por amor, no podía sino querer vivir y ofrecer ese momento en unión con Él.

La humildad de la muerte. María, modelo de humildad, no podía desear un trato diferente al de todos sus hijos. A pesar de las gracias con las que Dios la había colmado, no buscaba obtener de ello privilegios para sí misma. Muy al contrario, respondía a esos dones de Dios con su inmensa humildad y, siendo la muerte la cumbre de la humildad, Ella la deseaba ardientemente.

Reina de los mártires. La muerte de los mártires, soportada libremente por Dios*, «es la obra maestra de la caridad y ese testimonio heroico llamado martirio. (…) ¿Qué es, pues, para quien se entrega a ella? El último rasgo de semejanza con Jesús, la culminación de su belleza sobrenatural, el sello sagrado de sus virtudes, su derecho imprescriptible a la bienaventuranza. Pero, si esto es cierto de la muerte de todos los santos, ¿qué será de la de María, que es tan incomparablemente superior a ellos?»* (Mons. C. G., p. 374). Como Reina de los mártires, la Santísima Virgen debía ser también su modelo en la muerte.

La asistencia de la Santísima Virgen en nuestra muerte. La Virgen nos ha prometido asistirnos en el momento de nuestra muerte si cumplimos con los Primeros Sábados. ¿Cómo habría querido Ella rechazar la muerte y privarnos así del ejemplo perfecto de una buena muerte, Ella que precisamente en eso quiere ayudarnos? Una madre muestra el camino a sus hijos y quiere compartir sus pruebas.

No obstante, Dios puso límites a esa muerte de María, preservándola de las consecuencias corporales ligadas al pecado. Del mismo modo que no había conocido los dolores del parto, tampoco conoció el dolor en la hora de la muerte ni el decaimiento de su cuerpo. Si muchos santos desprendieron un aroma maravilloso al morir, ¡cuánto más resplandeciente debió de estar el cuerpo de María! *«Ante todo, no murió ni de enfermedad ni de vejez. La enfermedad, hija del pecado, no podía tener cabida en una criatura más alejada del mal que el cielo del infierno»* (Mons. C. G., p. 376). San Francisco de Sales enseña que la Santísima Virgen murió de amor.

Dios también le permitió conocer el momento de su muerte, como a algunos santos. A primera hora de aquel día, María sin duda comulgaría, preparándose para reunirse con su Hijo. *«Entonces, aniquilándose en un último acto de humildad, de reverencia y de gratitud sin medida, la Virgen recibió el permiso para entregar por fin su amor siguiendo el impulso supremo de su Corazón, y, para imitar a Jesús hasta el final, habiendo dicho o pensado estas palabras: "Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu", pasó de este mundo al otro, del tiempo a la eternidad, de la cumbre de la gracia a la cumbre de la gloria»* (Mons. C. G., p. 376).

Según la tradición que aquí seguimos, esto tuvo lugar en Jerusalén. Es muy probable que san Juan y san Pedro estuvieran presentes, quizá junto con otros apóstoles. Luego, tras velarla, la colocaron en un sepulcro, como se hizo con Nuestro Señor. *«En el valle de Josafat, situado entre el monte Sion y el de los Olivos, se alza una admirable iglesia consagrada a María; allí aún se puede ver una tumba vacía, donde, según la tradición común, fue sepultada esta bienaventurada Virgen»,* nos dice san Jerónimo.

Fue ahí donde, a semejanza de su Hijo, su cuerpo permaneció probablemente hasta el tercer día. Después, Nuestro Señor vino a buscar resucitado su cuerpo, elevando al Cielo a su Madre, en cuerpo y alma, llevada por una miríada de ángeles. Contemplemos con dos santos esta maravillosa Asunción:

«En este día ilustre, la Virgen Inmaculada fue elevada a las alturas de los cielos, donde está sentada en un trono de gloria, junto a su divino Hijo. (…) Imaginemos, pues, a toda la corte celestial que se apresura a salir al encuentro de esta reina rodeada de una luz resplandeciente; en medio de himnos y cánticos, es conducida hasta el lugar sublime que le fue preparado antes de la creación del mundo. (…) El mismo Señor de los ejércitos, escoltado por sus falanges victoriosas, se adelantó al encuentro de su digna Madre para rendirle honor y, tras haberla introducido en su reino, mostrándole un tierno afecto, la hizo sentarse majestuosamente a su derecha». San Jerónimo.

«Este día de triunfo y de felicidad suprema para Vos, nuestra dulce Reina, es motivo de regocijo y de admiración perpetua para todos los siglos, pues hoy no solo sois colmada de una gloria incomparable, sino que incluso el cielo mismo, con todo lo que contiene, se ve adornado con una nueva gloria gracias a vuestra presencia, que aumenta su esplendor más allá de todo pensamiento y de toda expresión. Al entrar en esa morada bienaventurada, oh, ilustre Soberana, la ennoblecisteis con la excelencia de vuestras virtudes y méritos, al tiempo que la enriquecisteis con la sobreabundancia de vuestras gracias y misericordias». San Anselmo.